

339.—*Gaudeamus igitur.*

Es preciso que la alegría contenga también fuerzas preparadoras y curativas para la naturaleza moral del hombre; ¿cómo, sino, pudiera ocurrir que, cada vez que nuestra alma se conforta á los rayos del sol de la alegría, se promete involuntariamente «ser buena», «hacerse perfecta», y se siente sobrecogida de una especie de presentimiento de la perfección, semejante á un calofrío de felicidad?

340.—*A uno que ha sido alabado.*

No olvides que, mientras se te alaba, todavía no estás en tu propio camino.

341.—*Amar al amo.*

El amo es amado del criado muy de otro modo que del maestro.

342.—*Demasiado bello y demasiado humano.*

«La naturaleza es demasiado bella para ti, pobre mortal»: no es raro que os sobrecoja ese sentimiento; pero algunas veces, al contemplar con intensidad todo lo que es humano, su plenitud y su fuerza mezcladas de dulzura, he experimentado el sentimiento que debiera manifestar con toda humildad: ¡*El hombre es también demasiado bello para el hombre contemplativo!*», y no pensaba solamente en el hombre moral, sino en todo hombre.

343.—*Efectos mobiliarios y propiedad territorial.*

Cuando una vez la vida os ha tratado como verdadera espoliadora, y os ha cogido todo lo que podía co-

geros de vuestros honores y de vuestras alegrías, arrebatándoos vuestros amigos, vuestra salud y vuestros bienes, descubriréis, quizá, una vez pasado el primer terror, que sois *más ricos* que antes. Porque sólo ahora se sabe lo que os pertenece, hasta el punto de que ninguna mano sacrilega puede tocar en ello: y así se saldrá acaso de todo ese saqueo y de esa confusión con la nobleza de un gran propietario territorial.

344.—*Involuntarias figuras ideales.*

El sentimiento más penoso que hay, es descubrir que se le ha tomado siempre á uno por algo superior á lo que se es. Porque siempre se ve uno forzado á confesarse. Algo en ti es engaño y mentira (tu palabra, tu expresión, tu actitud, tu mirada, tu acción), y ese algo engañador es tan necesario como tu franqueza, pero anula continuamente el efecto y el valor de ésta.

345.—*Idealista y embustero.*

No hay que dejarse tiranizar por la más hermosa cualidad que se pueda poseer: la de elevar las cosas á la idea; porque entonces pudiera muy bien suceder que un día la verdad se separase de nosotros con esta dura frase: «Embustero rematado, ¿qué tengo de común contigo?»

346.—*Ser mal comprendido.*

Cuando se es mal comprendido en conjunto, es imposible eliminar una equivocación de detalle. Hay que darse cuenta de eso para no emplear inútilmente su fuerza en defenderse.

347.—*El bebedor de agua habla.*

Continúa, pues, bebiendo el vino que te ha deleitado durante toda tu vida: ¿qué te importa que yo tenga que ser bebedor de agua? El agua y el vino ¿no son elementos pacíficos y fraternales que pueden habitar juntos sin causarse molestias?

348.—*Del país de los antropófagos.*

En la soledad, el solitario se roe el corazón; en el mundo, se lo roe la multitud. ¡Escoge!

349.—*El grado de congelación de la voluntad.*

«Al fin llega la hora que te envuelve en la nube dorada de la ausencia de dolor; la hora en que el alma goza de su propia laxitud, abandonándose con alegría á la lentitud de sus movimientos, y asemejándose, en su paciencia, al juego de las olas que, en las orillas de un lago, por un día apacible de verano, bajo los reflejos multicolores del ocaso, gimen y se callan sucesivamente (sin fin, sin objeto, sin saciedad y sin deseos), tranquila, y sintiendo placer en el flujo y reflujo que se riman en el soplo de la naturaleza.» Tal es la palabra y el pensamiento de todos los enfermos; pero, cuando llegan á esta hora, después de un breve goce, viene el tedio. El tedio es el viento de deshielo para la voluntad congelada: ésta se despierta, y de nuevo comienza á suscitar un deseo después del otro. Desear de nuevo es el síntoma de la convalecencia y de la curación.

350.—*El ideal renegado.*

Sucede, excepcionalmente, que alguien no puede llegar á la cumbre sino renegando de su ideal: porque

este ideal es lo que hasta ahora le estimulaba con demasiada violencia; de suerte que en medio de su camino, perdía aliento cada vez y se veía obligado á detenerse.

351.—*Inclinación pérfida.*

Cuando se ve á alguno atraído por la idea de que ante lo que es perfecto no hay más que una sola salvación: el amor, es señal de que ese es un hombre envidioso, pero que aspira á más.

352.—*Felicidad de escalera.*

Del mismo modo que en ciertos hombres, la frase de ingenio no marcha á un paso igual con ocasión de colocarla, de suerte que ya ha pasado la puerta cuando el espíritu está todavía en la escalera, del mismo modo hay en otros hombres una especie de *felicidad de escalera*, que corre con demasiada lentitud para estar siempre al lado del tiempo de pies ligeros. El mejor goce que un acontecimiento ó todo un período de la vida proporciona á estos hombres, les llega mucho tiempo después, algunas veces sólo como un tenue perfume aromatizado, que evoca languidez y tristeza, como si en un momento ó en otro hubiera sido posible apagar su sed en este elemento, mientras que ahora es demasiado tarde.

353.—*Gusanos.*

No es un argumento contra la madurez de un espíritu, encontrar en él algunos gusanos.

354.—*La posición victoriosa.*

Una buena actitud á caballo quita el valor al adversario y el ánimo al espectador: ¿á qué viene ata-

car entonces todavía? Pórtate como uno que ha vencido.

355.—*Peligro en la admiración.*

Al admirar demasiado las virtudes ajenas, se puede perder el sentido de las propias, y no ejerciéndolas, olvidarlas por completo, sin poder reemplazarlas por las extrañas.

356.—*Utilidad de la enfermedad.*

El que está muchas veces enfermo, porque cura á menudo, no siente sólo un gran placer en la salud, sino que posee también un sentido muy agudo por lo que es sano ó mórbido en las obras y en los actos, los suyos y los de los demás. Los escritores enfermizos, por ejemplo (y casi todos los grandes escritores están, desgraciadamente, en ese caso); poseen, generalmente, en sus obras un tono de salud mucho más seguro y más igual, porque entienden mucho mejor que los que son robustos de cuerpo la filosofía de salud y la curación del alma. Conocen á los maestros que enseñan, á la luz, la mañana, el sol, el bosque y los manantiales de agua clara.

357.—*Infidelidad, condición del magisterio.*

Eso no sirve de nada: cada maestro no tiene más que un solo discípulo (y este discípulo se declara infiel), porque está predestinado al magisterio.

358.—*Nunca en vano.*

Nunca treparás en vano á las montañas de la verdad: ya sea que hoy llegues á subir más arriba, ya que ejercites tus fuerzas para poder subir mañana más arriba.

359.—*A través de los vidrios deslustrados.*

Lo que veis del mundo á través de esta ventana, ¿es tan bello que no queréis mirar á través de otra ventana, é intentáis impedir á los demás hacer la tentativa?

360.—*Indicios de transformaciones violentas.*

Si se sueña en los que están muertos ú olvidados desde hace mucho tiempo, es el signo de que se ha doerado en vosotros una gran transformación y de que ha sido profundamente excavado el suelo sobre el cual se vive: entonces los muertos resucitan, y lo que era antiguo se hace nuevo.

361.—*Medicamento del alma.*

Quedar acostado sin moverse, y pensar poco: ese es el remedio menos costoso para todas las enfermedades del alma, y, cuando se tiene buena voluntad, su empleo se hace cada vez más agradable.

362.—*Clasificación de los espíritus.*

Te colocas muy por encima del otro, porque tratas de establecer la excepción, pero él la regla.

363.—*El fatalista.*

Es preciso que creas en la fatalidad; la ciencia puede forzarte á ello. Lo que entonces nacerá de esta creencia (la cobardía y la resignación, ó la grandeza y la lealtad), indicará el terreno en que fué arrojada esta semilla; pero no de la misma semilla, porque de ella pueden pensar todas las cosas.

364.—*Razón de mucho humorismo.*

El que en la vida prefiere lo bello á lo útil, acabará, como el niño que prefiere los confites al pan, por malearse el estómago y por mirar el mundo con mucho humorismo.

365.—*El exceso como remedio.*

Se puede sentir gusto en su talento propio venerando hasta el exceso, para disfrutar de él, los talentos contrarios. Emplear el exceso como remedio es uno de los golpes de gracia en el arte de vivir.

366.—*¡Aspira á ser tú mismo!*

Las naturalezas activas y coronadas de éxito no obran con arreglo al axioma: «Conócete á ti mismo», como si viesan bosquejarse ante sí el mandato: «Aspira á ser tú mismo, y serás tú mismo.» El destino parece haberles dejado siempre la elección, mientras que los inactivos y los contemplativos reflexionan para saber cómo han hecho para escoger una vez el día en que han entrado en el mundo.

367.—*Vivir, si es posible, sin adictos.*

Sólo se comprende cuán poca importancia tienen los adictos cuando se ha cesado de ser el adicto de sus adictos.

368.—*Oscurecerse.*

Hay que saber oscurecerse para desprenderse de las nubes de mosquitos de admiradores demasiado importunos.

369.—*Tedio.*

Hay un tedio de los espíritus más sutiles y más cultivados, por quienes lo que la tierra produce mejor ha perdido su sabor: habituados como están á absorber un alimento escogido, y cada vez más escogido, y á disgustarse de un alimento grosero, se exponen á morir de hambre; porque las cosas perfectas están en muy escaso número, y les sucede ser inaccesibles ó duros como la piedra, de suerte que muy buenos dientes no pueden morderlo.

370.—*El peligro en la admiración.*

La admiración de una cualidad ó de un arte puede ser tan violenta, que nos impide aspirar á la posesión de éstos.

371.—*Lo que se exige al arte.*

Quiere uno regocijarse de su naturaleza por medio del arte; el otro quiere, con su auxilio, olvidarse momentáneamente y elevarse por encima de su naturaleza. Según esas dos necesidades, hay una doble especie: de arte y de artistas.

372.—*Defección.*

El que nos abandona no nos ofende quizá á nosotros mismos; pero seguramente ofende á nuestros adictos.

373.—*Después de la muerte.*

Sucede generalmente que encontrásemos incomprendible la ausencia de un hombre mucho tiempo después de su muerte: para hombres muy grandes,

sólo algunas veces, después de centenares de años. El que es franco ante sí mismo se dice, con ocasión de un fallecimiento, que en suma no hay mucho que lamentar, y que el hombre que pronunciaba solemnemente la oración fúnebre es un hipócrita. Pero la penuria acaba por enseñar la razón de ser de un individuo, y el epitafio verdadero para su muerte es un suspiro tardío de lamento.

374.—*Dejar en el reino de las sombras.*

Hay cosas que deben dejarse en el reino de los sentimientos apenas conscientes, sin querer despojarlos de su existencia de fantasmas; de lo contrario, cuando esas cosas se conviertan en pensamientos y palabras, querrán imponérsenos como demonios y pedir cruelmente nuestra sangre.

375.—*Cerca de la mendicidad.*

Ocurre al espíritu más rico perder la llave del granero donde sueñan sus tesoros acumulados. Se asemeja entonces al más pobre, que se ve obligado á mendigar para vivir.

376.—*Pensar por encadenamientos.*

Al que ha reflexionado mucho, toda idea nueva que oye ó que lee, se le presenta inmediatamente bajo la forma de cadena.

377.—*Compasión.*

La vaina dorada de la compasión es algunas veces el puñal de la envidia.

378.—*¿Qué es el genio?*

Aspirar á un fin elevado y á los medios de conseguirlo.

379.—*Vanidad de los combatientes.*

El que no tiene la esperanza de triunfar en una lucha ó que ha sucumbido visiblemente, desea tanto más cuanto que se admira su manera de combatir.

380.—*La vida filosófica está mal interpretada.*

En el momento en que alguien comienza á tomar la filosofía en serio, todo el mundo cree de él lo contrario.

381.—*Imitación.*

Por medio de la imitación, lo que es malo cobra prestigio; lo que tiene valor lo pierde, sobre todo en arte.

382.—*Ultima enseñanza de la historia.*

«¡Ah, no he vivido entonces!» Así hablan los hombres insensatos y enloquecidos. Por el contrario, cada fragmento de historia que se haya estudiado *seriamente*, aunque fuese la tierra prometida del pasado, se acabará por exclamar: «¡No, no quisiera volver á ninguna costa! El espíritu de esta época pesaría sobre mí con una presión de cien atmósferas; no podría regocijarme de lo que tiene de bello y bueno, ni digerir lo que tiene de malo.» Es cierto que la posteridad juzgará de la misma manera á propósito de nuestra época: se dirá que fué insoportable, y que la vida no merecía ser vivida. Y sin embargo, ¿llega cada uno á acomodarse á su época? No es sólo porque el espíritu de su tiempo pesa *sobre* él, sino también porque lo tiene *en* sí. El espíritu del tiempo se resiste á sí mismo, se llena á sí mismo.

383.—*La generosidad con disfraz.*

Con generosidad en la actitud se exaspera á los enemigos; con envidia manifiesta casi se les concilia: porque la envidia compara, pone en paridad, es una suerte de humildad involuntaria y lamentable. Á causa de la ventaja indicada, ¿no se hubiera tomado la envidia como disfraz por los que no eran envidiosos? Tal vez. Lo cierto es que la generosidad se utiliza á menudo como disfraz de la envidia por personas ambiciosas que prefieren sufrir con un prejuicio para exasperar sus enemigos, á dejar ver que, en su fuero interno, consideran á éstos como iguales.

384.—*Imperdonable.*

Tú le has dado ocasión de demostrar firmeza de carácter y él no se ha aprovechado de ello. Es lo que no te perdonará nunca.

385.—*Axiomas paralelos.*

La idea más senil que jamás se ha profesado con respecto del hombre se encierra en el célebre axioma: «el yo ess iempre odioso»; la idea más infantil, en este otro más célebre todavía: «ama á tu prójimo como á ti mismo». En el primero, la experiencia de los hombres ha cesado; en el segundo, no ha comenzado todavía.

386.—*El oído que falta.*

«Se pertenece al populacho mientras se hace recaer siempre la culpa sobre los demás; se está en el camino de la verdad cuando sólo se hace uno responsable á sí mismo; pero el sabio no considera á nadie como

culpable, ni á sí mismo ni á los demás.» ¿Quién dijo eso? Epicteto, hace dieciocho siglos. Se le ha oído, pero se le ha olvidado. No, no se le ha oído y no se le ha olvidado: hay cosas que no se olvidan. Pero el oído hacía falta para oír: el oído de Epicteto. ¿Se lo ha dicho á sí mismo al oído? Perfectamente: la sabiduría es el murmullo del solitario en la plaza tumultuosa.

387.—*Defecto del punto de vista y no del ojo.*

Siempre estamos algunos pasos demasiado cerca de nosotros mismos, y algunos pasos demasiado lejos de nuestro prójimo. Por eso se juzga á éste demasiado rotundamente, mientras que á nosotros mismos nos juzgamos por rasgos de detalles, hechos insignificantes y pasajeros.

388.—*La ignorancia en armas.*

¡Cuán ligeramente tratamos la cuestión de saber si alguno sabe una cosa ó no, mientras éste suda tal vez sangre ante la sola idea de que pudiéramos creerle ignorante de eso! Hay algunos insensatos que se pasean siempre con un carcaj de anatemas y de sentencias sin apelación, dispuestos á fulminarlas sobre cada uno de los que diesen á entender que hay ciertas cosas en que su juicio no se tiene en cuenta.

389.—*Al beber la experiencia.*

Las personas que, por sobriedad natural, dejan siempre su vaso medio lleno, no quieren confesar que cada cosa en este mundo tiene su escurridura y su hez.

390.—*Pájaros cantores.*

Los partidarios de un grande hombre tienen la costumbre de cegarse para cantar mejor sus alabanzas.

391.—*No estar á la altura.*

El bien nos desagrada cuando no estamos á su altura.

392.—*La regla como madre y como hija.*

El estado que engendra la regla es distinto de aquel que la regla engendra.

393.—*Comedia.*

Ocurre que se nos tributan gratitud y honores por obras y acciones que desde hace mucho tiempo hemos dejado caer en el olvido, como una piel de que se desprende uno; entonces nos sentimos fácilmente tentados á ser los cómicos de nuestro propio pasado y á echar sobre nuestros hombros el antiguo despojo: y no sólo por vanidad, sino también por benevolencia respecto de nuestros admiradores.

394.—*Faltas que cometen los biógrafos.*

No hay que confundir la poca fuerza que es necesaria para guiar un bote por un río, con la fuerza del río que lo arrastra: eso ocurre con casi todos los biógrafos.

395.—*No pagar muy caro.*

Se utiliza generalmente mal lo que se ha pagado muy caro, porque se asocia á ello un recuerdo desagradable; y así se tiene doble desventaja.

396.—*¿Cuál es la filosofía que una sociedad necesita siempre?*

La columna del orden social se basa sobre este cimiento: que es necesario que cada cual mire con sere-

nidad lo que es, lo que hace y á lo que aspira, su salud ó su enfermedad, su pobreza ó su opulencia, su honor ó su ruin condición, y que se diga: «*No quisiera cambiar con nadie.*» El que quiere trabajar por el orden social, debe tratar siempre de implantar en el corazón de los hombres esta filosofía serena de la negativa de cambio y de la ausencia de envidia.

397.—*Indicios de un alma noble.*

No es un alma noble la que es capaz de más alto vuelo, sino al contrario, la que se eleva poco y se rebaja poco, pero que habita *siempre* en una atmósfera libre y en una luz transparente.

398.—*Lo sublime y el que lo contempla.*

El mejor efecto de lo sublime es que da al que lo contempla una vista más amplia.

399.—*Contentarse.*

Cuando se alcanza la madurez de la razón, no se aventura uno por los lugares donde crecen las flores raras bajo las zarzas más espinosas del conocimiento, y se contenta con jardines, praderas y cantos, considerando que la vida es demasiado corta para las cosas raras y extraordinarias.

400.—*Ventajas de la privación.*

El que vive siempre en el calor y en la plenitud, y, en cierto modo, en la atmósfera estival del alma, no puede figurarse ese frenesí espantoso que se apodera de las naturalezas invernales cuando son excepcionalmente conmovidas por un rayo de amor y por el soplo tibio de un día soleado de Febrero.

401.—*Receta para el mártir.*

¿Es muy gravoso para ti el peso de la vida? Aumenta la carga. Si el que sufre acaba por tener sed de las aguas del Leteo y las busca, tiene que llegar á ser héroe para estar seguro de encontrarlas.

402.—*El juez.*

El que ha visto el ideal de alguien, se convierte para él en un juez inexorable, y en algo como la intranquilidad de su conciencia.

403.—*Utilidad del gran renunciamiento.*

La utilidad del gran renunciamiento es que nos comunica esa altivez virtuosa por medio de la cual nos será fácil desde luego obtener fácilmente de nosotros mismos muchos renunciamientos insignificantes.

404.—*Cómo cobra esplendor el deber.*

Hay un medio para cambiar en oro, á los ojos de todos, el deber de bronce; es cumplir siempre más de lo que promete.

405.—*Súplica á los hombres.*

«¡Perdonadnos nuestras virtudes!»: así hay que orar á los hombres.

406.—*Creadores y gozadores.*

Todo gozador se figura que lo que importa en el árbol es el fruto, cuando en realidad es la semilla. Esa es la diferencia que hay entre los creadores y los gozadores.

407.—*La gloria de todos los grandes.*

¡Qué importa el genio, si no sabe comunicar al que le contempla y venera una libertad y una elevación de sentimiento tal que no necesite de genio! *Hacerse superfluo*; esa es la gloria de todos los grandes.

408.—*La bajada á los infernos.*

Yo también estuve en los infernos, como Ulises, y estaré muchas veces más; y para poder hablar á algunos muertos, no sólo he sacrificado carneros, sino que no he economizado mi propia sangre. Cuatro parejas de hombres se me han negado cuando sacrificaba: Epicuro y Montaigne, Goethe y Spinoza, Platón y Rousseau, Pascal y Schopenhauer. Con ellos he de explicarme, cuando he caminado solitario por mucho tiempo; por ellos quiero que se me dé la razón ó que se me niegue; y les escucharé cuando, ante mí, se den y se nieguen la razón unos á otros. Diga lo que diga, decida lo que decida, imagine lo que imagine, para mí y para los demás: en estos *ocho* fijo mis ojos y veo los suyos fijados en mí. Que los vivos me perdonen si á veces me parecen sombras: tan pálidos, entristecidos é inquietos están, y ¡ah! de tal manera ávidos de vivir; al paso que aquéllos me parecen tan vivos como si, *después* de estar muertos, no pudiesen fatigarse jamás de la vida. Pero lo que importa es la *eterna vivacidad*: ella es la que nos da la «vida eterna», y, en general, la vida.